

5

TÉCNICAS DE OBSERVACIÓN Y PARTICIPACIÓN: DE LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE A LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN-PARTICIPATIVA

El título de este capítulo se inspira, sobre todo, en la trayectoria profesional de un sociólogo célebre (Whyte, 1943; 1991). De las dos obras referidas, separadas por casi media centuria, la primera *Street Corner Society* se convertiría enseguida en un ejemplo clásico de investigación sociológica basada en la *observación participante* (OP) (este término se define en las páginas siguientes). La segunda obra, *Participatory Action Research*, compendia un trabajo colectivo del que Whyte es editor y coautor principal. En ella se recogen diversas experiencias investigadoras, cuyo denominador común consiste en la participación activa y a lo largo de todo el proceso de investigación (diseño, recogida y análisis de los datos, conclusiones y recomendaciones de acción) de los demandantes del estudio. En esta metodología, el papel del investigador social no se limita a poner el informe de resultados en las manos de los que han de tomar las decisiones, sino que sigue trabajando con estos en la puesta en práctica de las soluciones propuestas.

Por ejemplo, una de las experiencias de investigación-acción-participativa (IAP) (recogidas en esta obra) en la que Whyte colaboró tuvo lugar aquí, en España, con el grupo de cooperativas de Mondragón (País Vasco) de la marca FAGOR. Whyte se refiere al entonces (en el momento del estudio: 1985) Director del Departamento de Personal de FAGOR con la expresión “colaborador participante clave”. Se da la circunstancia, además, que este colaborador firma uno de los capítulos de la obra que comentamos (González Santos, 1991).

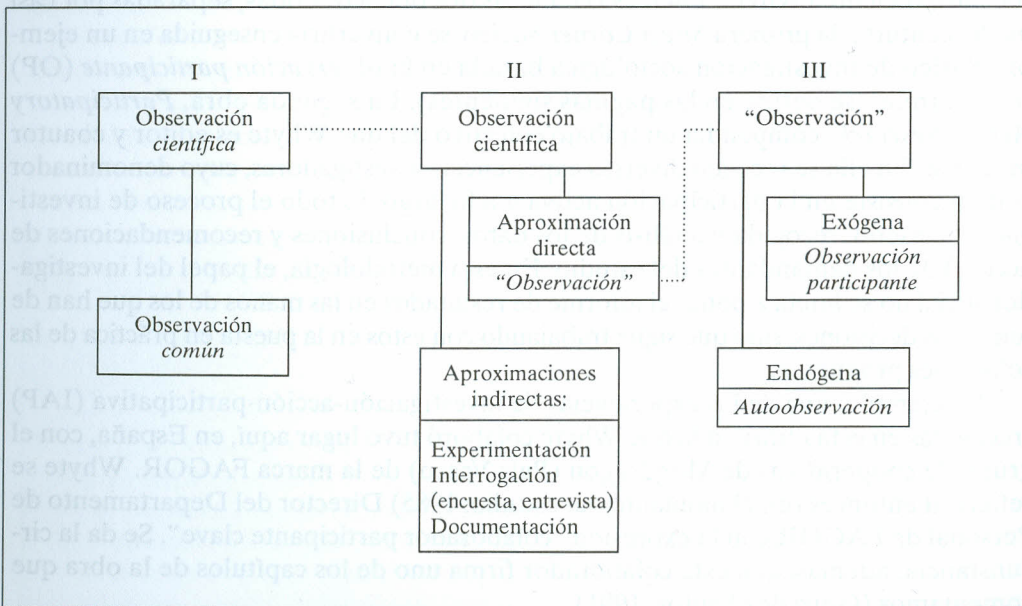
La conexión de la OP y la IAP, en la carrera profesional de Whyte, sirve aquí para transmitir al lector la idea de que se está ante metodologías relacionadas (al menos por la sencilla razón de que combinan los mismos ingredientes básicos: *observación* y *participación*). De paso, se pretende transmitir también el mensaje de que las técnicas cualitativas de *observación participante*, y particularmente la OP, no hay por qué asociarlas a modos de investigación anclados en el pasado o practicados sólo por

antropólogos. En las páginas que siguen se presenta una síntesis de las reflexiones metodológicas realizadas, sobre todo, desde el campo de la sociología (y la antropología) acerca de las maneras de observar y participar en circunstancias de investigación social.

5.1. Clarificación conceptual y terminológica

Si en el capítulo anterior las palabras *documento* y *documentación* eran los términos clave que había que definir, ahora conviene hacer otro tanto con las voces *observación* y *participación*. El objetivo didáctico es el mismo: revisar la utilización de estos vocablos por parte de los investigadores sociales en general y, más concretamente, por los sociólogos. Esta tarea previa de delimitación terminológica irá abriendo el camino hacia la definición y clasificación de las técnicas cualitativas concretas de observación y participación. El esquema de lo que sigue se encuentra en el Cuadro 5.1.

CUADRO 5.1. Ejes de la reflexión metodológica sobre la observación.



Eje I

La distinción entre *observación científica* y *observación común* suele ser uno de los ejes en torno a los que gira la reflexión de algunos metodólogos. Se trata de un

planteamiento que parte de la experiencia humana de observar y señala una serie de requisitos para dar a ésta una categoría de científicidad. Por ejemplo, Ruiz Olabuénaga & Ispizua (1989: 79-80) lo expresan claramente en el siguiente extracto:

“La observación es una de las actividades comunes de la vida diaria... Esta observación común y generalizada puede transformarse en una poderosa herramienta de investigación social y en técnica científica de recogida de información si se efectúa:

- *Orientándola* y enfocándola a un objetivo concreto de investigación, formulado de antemano.
- *Planificándola* sistemáticamente en fases, aspectos, lugares y personas.
- *Controlándola* y relacionándola con proposiciones y teorías sociales...
- *Sometiéndola* a controles de veracidad, de objetividad, de fiabilidad y de precisión.”

Las condiciones que recogen estos autores recuerdan los añejos principios señalados tiempo atrás por König (1973: 148), en su *Tratado de sociología empírica*:

- 1) El principio de la *constancia* en la observación (donde se encontrarían los aspectos de planificación y sistematicidad).
- 2) El principio del *control del sesgo* del observador.
- 3) El principio de la *orientación teórica* de los actos de observación científica.

La relevancia de estos criterios de referencia no debe restar importancia al papel que ha jugado (y sigue jugando) la *serendipidad* en la historia de la ciencia. Con este término, Merton ha llamado la atención de los investigadores sociales sobre la posibilidad de hacer *observaciones casuales*, no planeadas, pero de importancia científica. Recuerdese, además, lo anotado en el Capítulo 3 sobre los *diseños cualitativos emergentes*.

Eje II

Otra distinción frecuente en los manuales de métodos (García Ferrando, 1989; Carrera y Fernández Dols, 1992) se plantea al referirse, por un lado, a la *observación científica* en tanto *método* de conocimiento presente en cualquier forma de investigación y, por otro, a las *técnicas* concretas de *observación directa*. Esta vía de reflexión metodológica lleva a establecer las diferencias entre la “*observación*”, en sentido restringido, y la *experimentación*, la *encuesta* o la *documentación*. Cualquiera de estos modos de investigación caben dentro de la categoría genérica de *observación científica*. Pero suele entenderse por técnicas de “*observación*” los procedimientos en los que el investigador presencia en directo el fenómeno que estudia.

En otras palabras, a diferencia del experimentador, del “observador” se espera que no manipule el contexto natural donde tiene lugar la acción que se investiga. A

diferencia del encuestador o del documentalista, el “observador” no puede contentarse sólo con la información indirecta de los entrevistados o de los documentos. Esta distintiva caracterización de la “observación” se fundamenta en:

- a) La búsqueda del *realismo* (frente al *control* logrado en el experimento o en la encuesta, pero a través del artificio contextual).
- b) La reconstrucción del *significado*, contando con el punto de vista de los sujetos estudiados.

La diferenciación entre aproximaciones indirectas y directas, expuesta en el párrafo anterior, es una cuestión de grado que no debe hacernos creer que con los ojos y los oídos del investigador en la escena ya se consigue ese *realismo* y *significado* mencionados. La “observación” de la que hablamos permite al investigador contar con su versión, además de las versiones de otras personas (protagonistas, *informantes...*) y las contenidas en los documentos. Pero el ideal de una realidad social *transparente*, o de opacidad observable a través de las teorías y técnicas adecuadas (tipo *rayos-X* o *satélites* sociológicos), no se logra sin más –si es que ello es posible de algún modo– haciendo del investigador un *observador participante*. Esta línea de reflexión se asienta en una distinción formulada por los autores que emplean elementos teóricos de la *fenomenología social* y la *cibernética de los sistemas observadores*. Entre ellos algunos metodólogos españoles, a los que nos referimos en el punto siguiente.

Eje III

Por ejemplo, Gutiérrez y Delgado (1994a), en su excelente artículo sobre *Teoría de la observación*, exponen la consideración de la técnica de *observación participante* como modalidad de *observación exógena*, propia de los *sistemas observados*. En contraste con dicha modalidad, se aboga por un procedimiento “inverso”: la *autoobservación*, considerada una de las modalidades posibles de *observación endógena*, propia de *sistemas observadores*. La distinción aludida gira en torno a las nociones de *observación exógena-observación endógena*, y a los conceptos *sistema observado-sistema observador* procedentes de la *cibernética*.

“... los conceptos de sistema observado y sistema observador... representan [en el campo de la *cibernética*] el paso de una teoría del control del comportamiento y la comunicación en animales y máquinas a una autoorganización y complejización creciente de los sistemas. (...)

La autoobservación constituye un procedimiento de aprendizaje/conocimiento inverso del realizado en la observación participante: en lugar de aprender a ser un nativo de una cultura extraña (en lugar de ser un observador externo que pretende un estado de observador participante), el nativo aprende a ser un observador de su propia cultura...” (Gutiérrez y Delgado, 1994a: 162-163).

La consideración de la OP como modalidad de *observación exógena* no es una novedad en la literatura sociológica. Tampoco lo es la noción de *autoobservación*, si se refresca la memoria sobre el uso del término *introspección* en, por ejemplo, *The method of sociology* (Znaniecki, 1934: 158-159).

Jack D. Douglas (1976: 41-42) documenta el predominio que alcanzó el “modelo antropológico” de *fieldwork* sobre los modelos “periodístico” (de Park) e “historiográfico” practicados ampliamente por los sociólogos de Chicago en los años veinte. Como *pruebas* documentales menciona, entre otras, la serie *Yankee City* dirigida por el antropólogo Lloyd Warner en los años treinta y cuarenta; y el texto de Junker (1960), prologado por Hughes (amigo íntimo del antropólogo Redfield), donde se utilizan referencias antropológicas y sociológicas por igual para presentar el modelo de Chicago de *fieldwork*. El carácter exógeno de la *observación participante* tiene que ver, según Douglas, con el modelo antropológico clásico de investigación en otras culturas:

“El modelo antropológico condujo sobre todo a un ‘rol de observador participante’ en el que al sociólogo se le restringe inevitablemente a una condición de extraño o, en el mejor de los casos, a la de participante marginal, que estudia una ‘comunidad pequeña’ mediante el logro de la cooperación de los participantes a menudo marginales” (Douglas, 1976: 42).

Este punto de vista nos da pie aquí para llamar la atención sobre la necesidad de reflexionar sobre la *observación participante*, desde la sociología. Estamos de acuerdo (menos en lo de “inevitablemente”) con Gutiérrez y Delgado (1994a: 143) en que “la observación participante está inevitablemente asociada a la práctica investigadora de los antropólogos sociales y culturales”. Ello es evitable, al menos en parte y pensando sobre todo en las nuevas generaciones de sociólogos, politólogos, etc., si se barajan ejemplos sociológicos de utilización de la técnica de la OP. Los autores citados advierten al lector su manejo de “conceptos y ejemplos antropológicos”, pero tal decantación les lleva a contraponer OP (*observación participante*) y AO (*autoobservación*) del modo ya expuesto más arriba.

Tómese buena nota de la reflexión metodológica que sigue acerca de la OP, publicada por Vidich (1955) en *The American Journal of Sociology*. Este autor dedica un apartado específico de su artículo a subrayar la relevancia de la OP en todas las ciencias sociales. Concretamente, compara la utilización de dicha técnica por los antropólogos, los psicólogos experimentales y los sociólogos. La idea principal que interesa resaltar aquí es la distinta dependencia que acusa el sociólogo, respecto a la llamada por Vidich *observación participante*. Aunque, de hecho, el autor alude al mismo tiempo a la *introspección* o *autoobservación*, pero sin emplear estos términos. Resumiendo, en la sociología que practica el sociólogo dentro de su cultura, la contraposición OP-AO no resulta tan marcada como en la antropología clásica. Léase el fragmento que sigue:

“Los antropólogos que tratan con culturas distintas a las suyas han reconocido y utilizado la técnica por necesidad. Los psicólogos experimentales que ensayan sus instrumentos consigo mismos... están practicando una forma de observación participante con un propósito similar al del antropólogo.

El sociólogo que limita su trabajo a la propia cultura está explotando constantemente su experiencia personal como base de conocimiento. Al confeccionar entrevistas estructuradas, tira del conocimiento de los significados ganados por la participación en el orden social que estudia. Se asegura una pizca de comunicación con éxito sólo por la utilización del mismo lenguaje y sistema simbólico que sus encuestados (...) lo que resalta hasta qué punto el sociólogo es un observador participante en casi todo su trabajo” (Vidich, 1955: 354-355).

Adviértase que la especial dependencia que acusa el sociólogo respecto a la OP (o a la AO, según se mire) trasciende la línea trazada entre las técnicas *cuantitativas* y *cualitativas*. Y lo que es más sustancial del mensaje de Vidich: el sociólogo depende de su condición (casi inevitable) de *observador participante* para la obtención de información, pero aún más si cabe para la interpretación de ésta. Más adelante, al tratar acerca de los *roles* sociológicos del observador, se matizará esta afirmación.

5.1.1. Matices a tener en cuenta en la definición de la observación participante

En las páginas precedentes se han dado, con brocha gorda, las primeras pinceladas de un cuadro que el lector avezado ya adivina sin necesidad de seguir leyendo. La metáfora avisa de la composición personal que resulta de usar el papel por lienzo y el lápiz por pincel, a lo largo de esta *obra*. Las obras pictóricas requieren de innumerables retoques. Otro tanto ocurre con los escritos. Para avanzar en la clarificación conceptual y terminológica anunciada al principio de esta sección 5.1, me propongo ahondar en dos direcciones. La primera (subsección 5.1.1) es el resultado de revisar algunas definiciones (publicadas en manuales de metodología sociológica) acerca de las *técnicas observacionales*. Se aprovecha la presentación de estas definiciones para introducir matices considerados clarificadores. En la segunda subsección (5.1.2) se repasan los intentos clasificatorios de las técnicas cualitativas de *observación participante*.

La expresión *observación participante* se ha usado frecuentemente en la literatura sociológica y antropológica para designar una *estrategia metodológica* compuesta por una serie de técnicas de obtención y análisis de datos, entre las que se incluye la *observación* y la *participación* directa. En su clásico manual sobre los métodos sociológicos, Denzin (1970: 185-186) lo expresa claramente, aportándonos la primera definición seleccionada aquí para su matización:

“Hay una curiosa mezcla de técnicas metodológicas en la observación participante: se entrevistará a gente, se analizarán documentos del pasado, se recopilarán datos censales, se emplearán informantes y se realizará observación directa. Para los propósitos presentes la observación participante será definida como una estrategia de

campo que combina simultáneamente el análisis de documentos, la entrevista a sujetos e informantes, la participación y observación directa, y la introspección.”

El uso que hace Denzin del término OP (*observación participante*) supone asignar el rango de *estrategia de investigación* a lo que tan sólo es una *técnica*. La *estrategia* aquí es el *método de campo* (*field method, fieldwork*) o *estudio de casos* (*case study*), como tradicionalmente se ha llamado y sigue llamándose a este tipo de investigaciones con raíces metodológicas en medicina, historia, periodismo, antropología y otras ramas del saber. Por ejemplo (apostilla Amando de Miguel en el borrador de este libro) “los médicos utilizan desde hace mucho tiempo el equivalente de las historias clínicas. A partir del hábito de ese trabajo minucioso, Gregorio Marañón logró escribir después excelentes monografías históricas”.

La *estrategia del estudio de casos* o del *método de campo* tiende a confundirse con un instrumento específico de obtención y análisis de datos, como es la técnica de la *observación participante* (entendida corrientemente según el modelo antropológico clásico, practicado también por los sociólogos). En la subsección 5.1.2 se entenderá más claramente esta precisión, cuando se diferencien los *roles* posibles a lo largo del *continuo* de menor a mayor *participación*.

El matiz que sugerimos encuentra apoyo en lo escrito por un antropólogo social, en un manual de métodos para sociólogos y politólogos elaborado en nuestro país en los años ochenta (Sanmartín, 1989: 139): “El investigador de campo nunca es solamente un observador participante. Es a la vez un activo entrevistador y un analista de archivos, que contrasta, sobre unos mismos temas, los datos producidos a partir de encuestas, entrevistas, documentos, observación y experiencia participativa”. La descripción no puede ser más certera, a nuestro juicio. Compruébese la distinción entre *estrategia* (“investigador de campo”) y *técnica* (“observador participante”) adelantada más arriba.

La falta de una clara distinción entre la *estrategia* del *case study* y la *técnica* de *observación participante* puede verse en otros muchos textos. Valga por todos ellos la monografía de Jorgensen (1989). De los siete rasgos básicos que destaca este autor para definir la OP, hay uno que deja ver la confusión comentada; y otro que respalda la distinción propuesta (Cuadro 5.2).

CUADRO 5.2. Rasgos básicos de la *observación participante*.

“... el uso de observación directa junto con otros métodos de recogida de información.”	“... un diseño y <i>approach</i> de estudio de caso, en profundidad, cualitativo.”
(Jorgensen, 1989: 14)	
Confusión con la estrategia del estudio de caso(s)	Distinción <i>observación participante-estudio de caso</i>

El mismo autor señala que la OP resulta más apropiada cuando están presentes una serie de condiciones, entre ellas si “el fenómeno está suficientemente delimitado en tamaño y localización para ser estudiado como un caso” (Jorgensen, 1989: 13). Estos *pecadillos* se comprenden, enseguida, si se piensa en los métodos y las técnicas de investigación social como algo practicado por personas de carne y hueso. Este lado humano, no siempre puesto al descubierto por los que publican, lo confiesa Jorgensen (1989: 8) así: “la metodología de la *observación participante* es para mí una preocupación duradera –si no un modo de vida– y un componente importante de mi identidad social”. La preferencia, e incluso identificación personal, del investigador social con una metodología (sea ésta de tipo cualitativo, o cuantitativo) no resulta tan insólita como pueda creerse. Otros ejemplos se tienen, dentro del campo de las *metodologías participativas*, en los diversos enfoques de la *investigación-acción-participativa* (Reason, 1994a; Villasante, 1994).

El carácter de *técnica estrella* que ha distinguido a la OP ha hecho que algunos autores la lleguen a confundir con la estrategia del *case study*. Esto no siempre es así, pero parece justificada la queja de los Adler (1994) sobre la escasa atención que, en los manuales de métodos, se ha dado a otras técnicas de observación cualitativa distintas a la OP (como la *observación simple*, i. e., sin participación activa; o la *autoobservación*).

Los Adler emplean la expresión “observación naturalista” para definir al conjunto de *técnicas observacionales* encuadradas en el “paradigma cualitativo”. Precisamente su caracterización de la *observación cualitativa* (o “naturalista”), en contraposición a la *observación cuantitativa* nos sirve aquí para introducir algunos matices más. La siguiente definición da pie a hacerlos:

“Las observaciones cuantitativas, conducidas en situaciones diseñadas deliberadamente para asegurar la estandarización y el control, difieren marcadamente de las observaciones enmarcadas por el paradigma cualitativo. La observación cualitativa es fundamentalmente naturalista en esencia; ocurre en el contexto natural de ocurrencia, entre los actores que estuviesen participando naturalmente en la interacción, y sigue el curso natural de la vida cotidiana. Como tal, tiene la ventaja de meter al observador en la complejidad fenomenológica del mundo, donde puede *ser testigo de las conexiones, correlaciones y causas tal y como se desenvuelven*. Los observadores cualitativos *no están atados*, así, *por categorías predeterminadas de medición o respuesta*, sino que están libres para buscar los conceptos o categorías que tengan significado para los sujetos” (Adler & Adler, 1994: 378) (cursiva añadida).

La insistencia en marcar la línea de separación entre lo cuantitativo y lo cualitativo, lleva a estos autores a pasar por alto un elemento común a todo *acto de observación*. Esto es, que toda observación es selectiva. También las que no se instrumentan con casilleros, ni cuestionarios estructurados. Sobre el particular, se recomienda la lectura del texto de Massonnet (1989: 44-48, 71-72), especialmente su discusión sobre los *filtros* que afectan a la selectividad de la observación; y sobre el papel de las ideas, la teoría, en relación con el concepto de *observabilidad*. Asimismo, conviene recor-

dar la advertencia de Silverman (1993: 44) acerca de la comprobación de hipótesis en los estudios de *observación cualitativa*. Se refiere, concretamente, a la posibilidad de adentrarse en el *trabajo de campo* con el propósito de contrastar una hipótesis ya abrigada de antemano. En su investigación sobre la práctica médica, Silverman aprovechó el trabajo previo de Strong sobre los “ceremoniales” en la interacción doctor-paciente, para contrastarlo en su *observación* de una clínica privada.

5.1.2. Sobre la variedad de técnicas cualitativas de observación participante

La sección 5.1 se iniciaba con la distinción *observación común-observación científica*, y con la especificación de los requisitos necesarios para pasar de la primera a la segunda. Ahora volvemos a situarnos en un punto similar de partida. El propósito, el de introducir al lector en la variedad técnica de tipos de *observación participante*, pero sin pasar por alto la experiencia común de participación en su sociedad que cualquier persona tiene. Tal es el recurso didáctico que emplea Spradley (1980), en su conocido manual, y que se encuentra en línea con el punto de vista de Vidich (1955) ya expuesto aquí páginas atrás.

Para familiarizarse con la técnica que lleva al investigador a adoptar el *rol* genérico de “observador participante”, nada mejor que empezar con la experiencia del estudiante de “participante ordinario”. Luego se entrará en el detalle de los tipos de *participación*, que conllevan otras tantas formas de *observación* profesional. Ahora piénsese que muchas de las *observaciones* e interpretaciones de los sociólogos se benefician de la circunstancia de haber sido antes (y seguir siéndolo) *participantes ordinarios* en la sociedad que analizan.

Sitúese el pensamiento en esta línea de salida: “Todos los seres humanos actúan como participantes ordinarios en muchas situaciones sociales. Una vez que aprendemos las reglas culturales, se convierten en tácitas y apenas pensamos en lo que estamos haciendo” (Spradley, 1980: 53). ¿Qué añade el *rol* técnico de *observador participante*, al papel profano de *participante ordinario* asimilado mediante la socialización en la cultura donde se ha crecido? En otras palabras, ¿cómo pasar de este *papel natural*, al *rol* profesional? Spradley responde a estos interrogantes destacando seis rasgos fundamentales que caracterizan al *observador participante*. En el Cuadro 5.3 hemos sintetizado sus explicaciones.

Un ejemplo tomado de la vida cotidiana del estudiante universitario servirá para ilustrar el contenido del Cuadro 5.3. La biblioteca o el bar (de la Facultad donde se cursan los estudios) pueden ayudar a dar cuerpo a la caracterización teórica de los *roles* de *participante ordinario* y *observador participante*. Seguramente, al estudiante de *Técnicas Cualitativas* no se le haya pasado por la cabeza la posibilidad de *observar* (ateniéndose a los seis rasgos atribuidos al *observador participante*) los contextos mencionados. En cambio, seguro que ya ha practicado repetidamente el papel de *participante ordinario* en ellos. Es decir, de usuario de la biblioteca o del bar.

CUADRO 5.3. Caracterización del rol técnico de *observador participante*, en relación al papel profano de *participante ordinario*.

<i>Participante ordinario</i>	<i>Observador participante</i>
1. <i>Propósito único</i> : realizar actividades correspondientes a la situación social en la que participa naturalmente.	1. <i>Propósito doble</i> : implicarse en actividades concernientes a la situación social a estudio, y observar a fondo dicha situación.
2. <i>Desatención selectiva</i> , estado de bajar la guardia o de dar las cosas por supuesto.	2. <i>Atención incrementada</i> , estado de mayor alerta.
3. <i>Observación de ángulo cerrado</i> , limitada al propósito inmediato de realización de las actividades corrientes.	3. <i>Observación de ángulo abierto</i> , ampliada por el propósito añadido de estudiar los aspectos culturales tácitos de una situación social.
4. <i>Experiencia desde dentro</i> de la situación, desde la condición de miembro y parte de la escena.	4. <i>Experiencia desde dentro y desde fuera</i> de escena, desde la doble condición de miembro y extraño.
5. <i>Introspección natural</i> . Uso corriente en la vida cotidiana de la experiencia personal para comprender la ajena.	5. <i>Introspección aplicada</i> . Explotación de la introspección natural como instrumento de investigación social.
6. <i>No registro sistemático</i> de actividades, observaciones, introspecciones.	6. <i>Registro sistemático</i> de actividades, observaciones, introspecciones.

Fuente: Basado en Spradley (1980: 54-58).

Al leer estas palabras (“biblioteca”, “bar”), referidas a la Facultad, la memoria de cada cual estará recuperando impresiones de experiencias vividas en dichos contextos. Si tras la lectura de este capítulo, se planea una práctica cualitativa de *observación participante* en alguno de estos lugares se sabrá por experiencia también qué añade el *rol técnico* al *papel natural*. Por ejemplo, ir a la biblioteca no se hará ya con el *único propósito* de utilizar la sala de lectura, sino de observar también el uso que de ella hacen otros estudiantes. Se podrá objetar que esto ya se hacía, pero seguro que no con el mismo *grado de atención* ni con la *amplitud observadora* que supone la perspectiva añadida de la investigación. Por ejemplo, si se ha acudido habitualmente a la biblioteca por las mañanas o en vísperas de exámenes, enseguida se acusará la necesidad de *observación participante* a otras horas y días. Durante la realización de esta práctica (u otras similares) se irá advirtiendo la *doble experiencia*: de *miembro y extraño*; y la utilidad de la *introspección* (i. e., de recurrir a lo vivido como *participante ordinario*, para enriquecer lo que se observa desde una postura de aproximación y distanciamiento). Finalmente, el *registro sistemático* de lo visto, oído y pensado durante el ejercicio de *observación participante* hará que la lectura de nuestras notas nos depare más de una sorpresa. La fragilidad de la memoria y la selectividad cambiante de nuestras percepciones, entre otras sorpresas.

El *rol técnico de observador participante* –empleado en sentido genérico al compararlo con el papel de *participante ordinario*–, hay que diseccionarlo. Dependiendo de la situación social que estudie, el investigador optará por alguna de las modalidades posibles de *observación participación* (o, mejor aún, por una combinación de ellas). Enseguida se verá el detalle que encierra este último paréntesis, pues ha llegado el momento de plantear abiertamente la cuestión de la variedad de técnicas de *observación y participación*. Sobre ello hay publicados algunos trabajos de reflexión metodológica que conviene tener en cuenta. Una primera síntesis consiste en señalar que se está ante una tipología clásica (la de Junker, 1952, 1960; atribuida a veces a Gold, 1957) y una pléyade de autores que la han adoptado o adaptado (Denzin, 1970; Schatzman & Strauss, 1973; Hammersley & Atkinson, 1983, 1994, 1995; Ruiz Olabuénaga & Ispizua, 1989; Valles, 1989, 1995; Adler & Adler, 1994).

Gold (1957: 217) comienza su citado artículo “Roles in sociological field observation” reconociendo a Junker (1952) la autoría de los roles que analiza, pero señalando también su participación “como miembro del equipo... de Junker”:

“Buford Junker ha sugerido cuatro roles teóricamente posibles para los sociólogos que realizan trabajo de campo. Éstos van desde el completo participante a un extremo al completo observador en el otro. Entre estos, pero más cerca del primero, está el participante-como-observador; más cerca del segundo está el observador-como-participante. Como miembro del equipo investigador de Junker, participé en el pensamiento que condujo a la conceptualización de estos roles de investigación...”

Junker (1960: 39), por su parte, remite al trabajo de Gold (1957) “para una discusión sugerente sobre los problemas de rol y del yo [*self*] en los investigadores de campo e informantes”. Al mismo tiempo, aporta un matiz sensible sobre el texto de Gold:

“Dr. Gold describe nuestros cuatro roles del trabajo de campo ‘como «roles maestros» para desarrollar relaciones menores de rol con informantes’ y... los analiza con ‘la ayuda de ciertas concepciones de rol y self’. Dicho sea de paso, distingue el rol de observador-como-participante limitándolo a ‘estudios que implican entrevistas de una visita’ en los que la formalidad y el breve contacto llevan a malentendidos mutuos y a la frustración de la necesidad humana del investigador de campo de expresar su personalidad. Coherente con esta limitación por definición, Dr. Gold ve el rol de participante-como-observador como el más usado en estudios de comunidad, ‘donde un observador desarrolla relaciones con informantes a lo largo del tiempo, y donde puede emplear más tiempo y energía participando que observando’. Debería leerse todo su artículo para complementar, por su mayor atención a los problemas del observador individual, nuestro énfasis en el contenido manifiesto y en las implicaciones éticas y científicas de las actividades del observador” (Junker, 1960: 39).

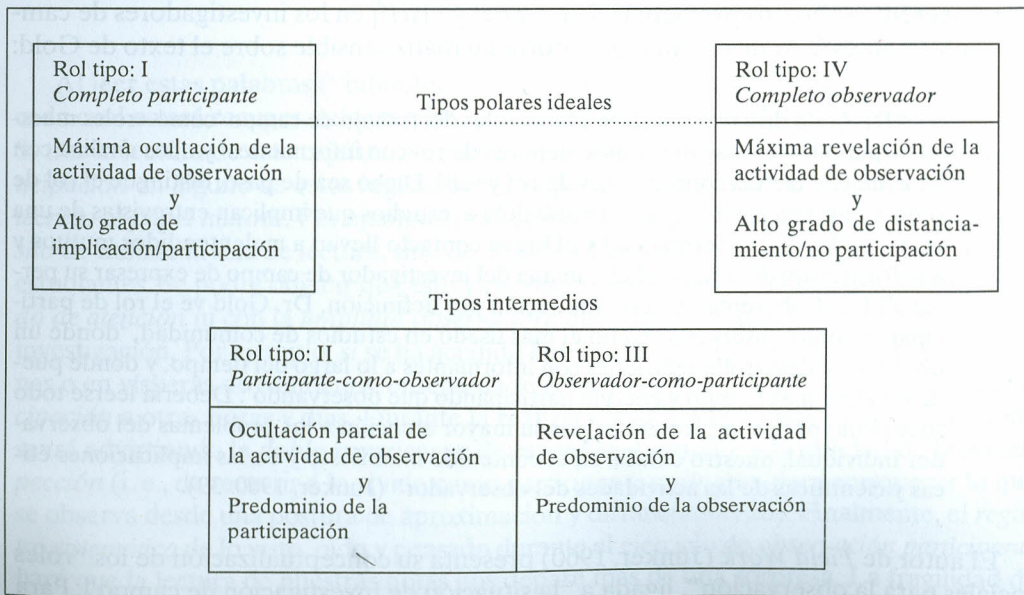
El autor de *Field Work* (Junker, 1960) presenta su conceptualización de los “roles sociales para la observación”, ligada a “la situación de investigación de campo”. Para entender cabalmente su tipología de roles debe recordarse que Junker parte de una

distinción previa: las clases de información que la gente utiliza en su vida cotidiana (en las situaciones sociales donde el investigador *observa* y *participa*). La diversa información que intercambia la gente en sus relaciones habituales (a través de los gestos, la voz u otros medios), se filtra de dos maneras combinadas:

- 1) La gente selecciona la información antes de comunicarla, barajando distinciones a lo largo del *continuum* información pública-información privada.
- 2) La gente selecciona a *quién* comunicar *qué* información. Aquí es donde los *roles sociales*, utilizables por el investigador de campo con propósitos de captar información de distinto tipo (*pública, confidencial, secreta, privada*), adquieren su significado.

La recomendación de Junker (1960: 34) a los que se preparan para hacer *trabajo de campo* deriva de estas dos premisas. “La insensibilidad, o inhabilidad para adotar el rol del otro y aceptar suficientemente sus valores a la hora de facilitar la comunicación, no será recompensada en la situación de observación y puede incluso penalizarse”. Por ello, este autor basa su tipología de *roles sociales* en el carácter social de las posiciones y actividades de los investigadores de campo, dada la relación cara a cara de estos con las personas observadas.

CUADRO 5.4. Roles tipo, de observación participación para el investigador en el trabajo de campo.



Fuente: Basado en Junker (1960: 35-38).

En el Cuadro 5.4 se plasma gráficamente la definición de roles propuesta por Junker. Se ha preferido no reproducir el gráfico original de este autor (como hacen Hammersley y Atkinson, 1983, 1994, 1995), pues sólo refleja uno de los criterios barajados por Junker: el grado de *participación* (entre los extremos de la implicación y el distanciamiento). Junto a este criterio definitorio, el autor combina otro fundamental: el grado de *ocultación* o *revelación* de la actividad de *observación*, por parte del investigador. La conjunción de ambos criterios produce cuatro *roles teóricos* de referencia, cuatro posiciones sociales de *observación y participación*, con posibilidades y limitaciones distintas respecto al acceso de información, y con problemas éticos propios de cada *rol*.

La concreción de “implicaciones éticas y científicas” es lo que completa la caracterización de cada rol, y donde se aprecia el sello personal de su autor; también lo que da de sí la tipología. Así, Junker, para el rol I (*completo participante*) señala solamente un aspecto positivo: el logro de información secreta, confidencial y privada no facilitada a extraños. Pero, en cambio, apunta nada menos que cinco implicaciones negativas asociadas a este rol:

- Posibles límites severos a la libertad de observación fuera del grupo.
- Tendencia a perder perspectiva de conjunto en la observación.
- Dificultad para cambiar a otro rol.
- Dificultad para mantener el distanciamiento intelectual suficiente y para informar con objetividad.
- Problemas éticos y de responsabilidad profesional derivados de la ocultación de la actividad investigadora.

La visión marcadamente negativa que transmite Junker, al estar pensando en *información secreta* o *confidencial*, sobre todo, le lleva a concluir que el investigador social que usa este rol siempre tendrá problemas (“si se libra de los problemas del espía, tendrá que vérselas con los del traidor”).

Los problemas éticos y de responsabilidad afectan también a los roles intermedios, pero especialmente al tipo II (*participante-como-observador*), debido a que la información publicada por el investigador se habrá conseguido más como *participante* que como *observador*. Es decir, más como amigo o miembro de un grupo, que como extraño. A ello, Junker sólo añade una implicación más. Esta vez de carácter no ético pero negativa también: el posible acceso limitado a información no pública (secreta, sobre todo).

El tipo III (*observador-como-participante*) sale mejor parado. Claro que Junker se refiere, explícitamente, a actividades de *observación* encargadas o apoyadas por miembros de la situación a estudio. Por ello adscribe a este rol el acceso a una amplia gama de información, incluso secreta y confidencial; pero sólo si el investigador se gana la reputación de saber guardarla. A esta posible ventaja se añade otra, también cercenada por una contrapartida inseparable: la posible máxima libertad de observación, aunque a costa de aceptar máximas restricciones sobre su publicación.

La definición del tipo IV (rol de *completo observador*) acaba poniendo al descubierto la naturaleza difusa de la tipología de Junker. Ciertamente es que, se trata del riesgo asumido al optar por la elaboración de una tipología más teórica que empírica. Bajo la etiqueta de este *rol tipo*, cabe “una gama de roles en la que, a un extremo, el observador se esconde tras un espejo unidireccional... y al otro extremo, sus actividades son completamente públicas en una clase especial de grupo teórico donde, por consenso, no hay ‘secretos’ ni ‘nada sagrado’. Dicho grupo no se encuentra naturalmente en la sociedad...” (Junker, 1960: 37). Este autor reconoce que se trata de un rol “más imaginario que real o posible”, sólo aproximado en circunstancias de laboratorio (modalidad de *observación cuantitativa*) o en las actividades iniciales de reconocimiento de una investigación de campo prolongada en el tiempo (modalidad de *observación cualitativa*).

Al pormenorizar sobre el uso cualitativo del rol de *completo observador*, Junker muestra el dinamismo y la conexión de los cuatro roles tipo, hasta entonces presentados como un repertorio de opciones estancas e inconexas. El fragmento que sigue capta dicho movimiento y revela además que, en lo concerniente a roles de *observación participación*, no es sólo el punto de vista del investigador el que cuenta:

“En algunos estudios de comunidades o de otras grandes organizaciones que requieren trabajo de campo durante un período de tiempo relativamente largo... las primeras actividades del investigador de campo pueden ser en el rol de completo observador, pero después de un tiempo, al interactuar con más y más gente, se muda al rol de observador-como-participante y luego quizá incluso al rol de participante-como-observador. Mirando las cosas desde el punto de vista del investigador, éste se ve a sí mismo oscilando a lo largo de este recorrido, día a día o incluso momento a momento, y, desde los puntos de vista de los individuos con los que interactúa, para algunos es más participante que observador, para otros más observador que participante, y puede incluso haber muchos individuos en situaciones complejas que no estén enterados... pero que si le vieran como observador le tomarían por raro o amenazador. Al no interactuar con estos, el investigador puede mantener algunas actividades del rol de completo observador, pero en las relaciones con otros sus actividades toman inevitablemente alguno de los variables significados atribuidos por él y por los otros a la participación” (Junker, 1960: 38-39).

Se habrá podido colegir, tras la lectura de esta cita magistral, que:

- 1) El investigador que observa resulta también observado.
- 2) Las personas observadas ejercen, asimismo, de sujetos observadores, desde posiciones sociales diversas.
- 3) Aparte los roles que el investigador vaya eligiendo, hay otros roles que le adjudican los miembros de la situación social que estudia.
- 4) Y unos y otros roles pueden ir cambiando en el curso de la interacción que tiene lugar durante el *trabajo de campo*.

Para ayudar al estudiante a identificar los *roles teóricos* más utilizados en la práctica investigadora de sociólogos (y antropólogos), Junker selecciona textos de tres obras. *Street Corner Society*, de Whyte y *Argonauts of the Western Pacific*, de Malinowski para ilustrar el *rol de participante-como-observador* en el trabajo de campo. *Methods of Social Study*, de Sidney y Beatrice Webb para ilustrar el *rol de observador-como-participante*. Desde aquí invitamos al estudiante a que se acerque (por primera vez o de nuevo) a estas obras, de la mano de Junker.

Las reflexiones metodológicas originales de Junker (1960) y Gold (1957), acerca de los *roles en la investigación de campo*, se encuentran como telón de fondo en los escritos de otros muchos autores. Schatzman y Strauss (1973), por ejemplo, tratan esta cuestión tomando como referencia principal la experiencia de *campo* en hospitales. En este contexto, el investigador (invitado o aceptado) va adoptando una serie de *roles de observador visible*, pasando gradualmente de una “presencia pasiva” a otras de mayor actividad o *participación*. Descartan la táctica de observar sin participar mínimamente, entre otras razones por la importancia del acceso a la información interna. Y encuentran “especialmente útil” la opción denominada de “interacción limitada”. En esta se reduce el distanciamiento y la ocultación de los propósitos del estudio, pero sin que el investigador se implique en una interacción directa que vaya más allá de la aclaración del significado de lo que va ocurriendo.

La lista de opciones tácticas de *observación participación* de Schatzman y Strauss (1973: 58-62) casa, en buena medida, con los “tipos de participación” que describe Spradley (1980: 58-62). Este autor ordena la variedad, practicada y practicable por los “observadores participantes”, a lo largo de un gradiente que va desde la “no participación” a la “completa participación”, pasando por tres opciones de *participación* intermedias: “pasiva”, “moderada” y “activa”.

Al hilo de la clasificación de Spradley (1980) se pueden trenzar los comentarios más sobresalientes de Schatzman y Strauss (1973), sin olvidar tampoco la tipología de Junker (1960). La síntesis gráfica comparativa puede verse en el Cuadro 5.5.

CUADRO 5.5. Síntesis comparativa de técnicas de *observación participación*.

Spradley, 1980	Schatzman & Strauss, 1973	Junker, 1960
Tipos de participación:	Tácticas de presencia activa:	Roles sociales para la observación:
0. No participación	Ausencia (no presencia)	Completo observador
1. Participación pasiva	Presencia pasiva	Completo observador
2. Participación moderada	Interacción limitada	Observador como participante
3. Participación activa	Observador como participante	Participante como observador
4. Participación completa	Participación con identidad oculta	Completo participante

0. No participación

Spradley no descarta esta técnica de *participación* cero en las actividades o con las personas estudiadas, por parte del investigador. Al recurrir, como ejemplo, al “estudio etnográfico de programas de televisión”, se advierte un solapamiento con lo que aquí se ha tratado bajo el rótulo de *investigación documental* (Capítulo 4). Schatzman y Strauss no dudan en descartar esta opción táctica, debido a la ausencia física del investigador en la situación social a estudio. Asocian estas circunstancias a las situaciones de laboratorio, a las que ya se refiriese Junker al describir su rol genérico de *completo observador*.

1. Participación pasiva

Hay acuerdo sobre la adecuación (en los comienzos del *trabajo de campo*) de esta táctica de presencia en la escena, pero con interacción o *participación* mínima. El investigador *participante pasivo* (en los inicios del estudio) sólo dispone, por definición, de *roles periféricos* (Adler & Adler, 1994). Añádase roles periféricos *aceptables* (paseante, espectador u otros, según los casos). Por ejemplo, Spradley practicó el rol inicial de espectador en las salas de los juzgados abiertas al público, antes de revelar su identidad y los propósitos del estudio al juez y al resto del personal. Este autor hace especial hincapié en lo ventajoso del punto de vista del *participante pasivo*, en el aprendizaje de las reglas culturales seguidas en la vida cotidiana.

Schatzman y Strauss (1973: 59-60) insisten en la dificultad de mantener esta opción táctica por mucho tiempo, en la mayoría de las circunstancias de investigación (el contexto de los hospitales sigue siendo la referencia):

“... incluso en los primeros períodos de la observación, los anfitriones tratarán de implicar al observador; de inducirle a que revele sus verdaderos intereses y particularmente su personalidad. Quieren ser observados por una persona parcialmente conocida, no por un extraño.”

2. Participación moderada

En el gradiente de menor a mayor *participación* (i. e., implicación, interacción, actividad...) este escalón representa el punto medio. Spradley (1980: 60) lo define como el balance entre *miembro* y *extraño*, entre *participación* y *observación* que el etnógrafo trata de lograr. Esta definición recuerda la combinación de ingredientes tipológicos de Junker (1960).

Para Schatzman y Strauss (1973: 60) esta opción táctica tiene varias ventajas. Facilita el acceso del investigador al significado que dan los actores a su actividad, pues este rol permite pedir aclaraciones. Estas solicitudes de aclaración, a su vez, dan pis-

tas a los anfitriones sobre la dirección de la investigación. Lo que contribuye a minimizar o incluso olvidar la presencia del observador, y que la situación se aproxime a la normalidad. Estos autores hacen esta reflexión metodológica, pensando en una experiencia sociológica concreta de *observación participación* en hospitales (la de Becker, Hughes y Strauss, 1961).

Spradley (1980: 60), en cambio, se refiere al estudio de Sanders sobre los jugadores de máquinas de billar. Sanders, después de desempeñar el rol aceptable de espectador, llegó a jugar, pero sin alcanzar la pericia o categoría de jugador regular. Este ejemplo sirve, a su vez, para distinguir el tipo de *participación moderada* del tipo de *participación activa*.

3. Participación activa

Para definir el rol técnico de *participante activo*, Spradley reproduce una cita del antropólogo Nelson acerca de su estudio con los esquimales, publicado en 1969. Nelson deja claro que la clase de “observación participante”, por él practicada, no debiera confundirse con el sentido dado a esta expresión por muchos antropólogos, a quienes califica de *participantes pasivos*. Para este autor, participar (activamente) no equivale sólo a presenciar lo que ocurre, sino que supone implicarse en la actividad estudiada. En su caso, Nelson aprendió las técnicas de caza de los esquimales con el fin de documentarlas.

Es evidente, como señala Spradley, que no todas las circunstancias de investigación permiten practicar esta técnica de *observación participación*. Piénsese en los *actos médicos*. Salvo, como ilustran Schatzman y Strauss (1973: 61), que pensemos en personal médico con formación en sociología también. Otro ejemplo que mencionan estos autores es el de “un sociólogo que frecuenta el bar de una barriada, descubre allí un movimiento social incipiente, y decide estudiar ese fenómeno, manifestando abiertamente a los demás sus intenciones”. Esta segunda ejemplificación da pie a repensar la idea expresada ya en el título y la primera página de este capítulo: en el *continuo* de la *observación participación*, se acaba pasando de la *observación participante* a la *investigación-acción-participativa*.

En el Cuadro 5.5 ya se habrá advertido la no coincidencia (facial, literal) de las etiquetas de Schatzman y Strauss (1973) y de Junker (1960), que figuran en la franja correspondiente al tipo de *participación activa* en la terminología de Spradley. Así es. Pero ello no debe distraer la atención del contenido que se esconde tras el juego de las palabras. Generalmente, los ejemplos con los que cada autor ilustra sus términos son la mejor guía para descifrar el contenido real con el que estos se usan. Schatzman y Strauss pormenorizan los inconvenientes y ventajas de esta opción táctica, lo que sirve para confirmar la fusión que hacen de los *roles* II y III de Junker. Esto no debe llevar a confusión, dado el dinamismo que adquieren los *roles* en la práctica, como ya se ha expuesto anteriormente.

4. Participación completa

Según Spradley (1980: 61) “el nivel más alto de implicación para los etnógrafos se alcanza probablemente cuando estudian una situación en la que ellos ya son participantes ordinarios”. Esta definición no deja lugar a dudas para poder afirmar que la expresión “participación completa” de este autor equivale a lo que otros denominan “autoobservación” (Anguera, 1982; Gutiérrez y Delgado, 1994a; Adler & Adler, 1994); o lo que Whyte (1984: 33) denominara “observación participante retrospectiva”. De nuevo, el juego de las palabras.

Schatzman y Strauss (1973: 62), por su parte, no utilizan en esta ocasión la etiqueta de Junker de “completo participante”, pero el contenido descriptivo de unos y otro prácticamente coincide. Salvo que los autores de *Field Research* no mencionan la posibilidad de la *autoobservación*, y el autor de *Field Work* sí la ubica bajo este mismo paraguas terminológico. Otra salvedad que hemos de subrayar es el expreso rechazo de la *táctica de participación con ocultación de la identidad de investigador*, que rubrican Schatzman y Strauss. A las razones éticas añaden las metodológicas. Ambas ya señaladas por Junker, autor que sin embargo no rechaza tan rotundamente este rol.

A los aprendices de etnógrafo que se sientan atraídos por la *autoobservación*, Spradley les hace la siguiente advertencia:

“Cuanto más se sabe de una situación como participante ordinario, más difícil es estudiarla como etnógrafo... Cuanto menos familiarizado estés con una situación social, más capaz eres de ver las reglas culturales tácitas en funcionamiento” (Spradley, 1980: 61-62).

La advertencia queda anotada aquí también, pero con el propósito de matizarla, de quitarle gravedad. Lo que este autor, y otros antes que él, insisten una y otra vez es en la necesidad de un cierto *distanciamiento*, para que la *observación* resulte equilibrada. El equilibrio (entre proximidad y lejanía) se persigue con el fin de *poder ver el árbol y el bosque*. Este conocido símil ayuda, pero a la vez simplifica en exceso, pues transmite la idea del logro de la objetividad a través de la distancia física. El *distanciamiento intelectual* (posible aunque se haya sido *participante ordinario*) traduce mejor el fondo de la advertencia que aquí se anota para el sociólogo y el politólogo.

5.1.3. Un ejemplo de aplicación de técnicas observacionales fuera del campo de la investigación social

Con el propósito de estimular la reflexión del lector acerca de lo tratado en las páginas precedentes, se ofrece a continuación un breve ejemplo de utilización de las posibilidades de la *observación participación* en el ámbito del periodismo deportivo.

Las imágenes de una carrera ciclista que ofrece la televisión no transmiten lo mismo con y sin comentarios. El comentarista deportivo nos hace ver cosas que, como

simples televidentes, no vemos: tácticas o planes concebidos por los directores de equipo y puestos en práctica por los corredores; méritos y significación de lo que consigue tal o cual ciclista, en función de su porte o trayectoria como profesional; anticipos del desenlace de la carrera en cada etapa. En fin, consiguen meternos en el mundo de este deporte y hacernos vivir de modo más intenso el desarrollo de algo que podría tornarse aburrido y escaso de significados, de estropearse el sonido televisivo.

Resulta fascinante caer en la cuenta de que la observación admite planos y una gradación de detalle considerable. Un buen ejemplo de ello está en los comentarios aportados por Perico Delgado en el Tour de Francia. Como es sabido, el popular ciclista español, ganador del Tour 1988 y participante destacado en otras muchas ediciones de la vuelta francesa, fue contratado por la cadena de televisión que transmitía en España el Tour 1995 y 1996 para hacer de comentarista.

Comparando sus intervenciones con las del *profesional de la información* (Pedro González, corresponsal especializado en ciclismo, conocido como *la voz del Tour* en España), el popular exciclista metido a comentarista sorprende gratamente. Revela aspectos en los que su fuente de inspiración claramente es su experiencia de la bicicleta. Sabe lo que sufre el que va montado en la bicicleta, conoce el trazado de las etapas desde el conocimiento de quien las ha pedaleado, conoce a los ciclistas. En suma, transmite información que ha obtenido, en gran parte, siendo *miembro* de la profesión deportiva.

Otra reflexión que puede hacerse al hilo de este ejemplo es acerca de la utilización de comentarios, análisis e interpretaciones cuantitativas y cualitativas. El uso de la cuantificación aparece en las etapas contrareloj de modo más claro. En ellas, se va comparando en distintos puntos kilométricos los tiempos conseguidos por cada corredor. También destaca el uso de *datos de archivo*. Gracias a la *documentación* y la *estadística deportiva*, el comentarista enseguida tiene a mano datos que el telespectador no recuerda o no tiene delante: los ganadores de tal o cual etapa en los últimos años, la fecha de nacimiento o el lugar de origen de los corredores, etc. Este uso complementario de datos de diverso tipo da pie o se adereza con interpretaciones más cualitativas del comentarista *observador* o *autoobservador*.

5.2. Usos, ventajas e inconvenientes de las técnicas de observación y participación

Desde el comienzo de este capítulo, se ha advertido al lector de la intención deliberada de reflexionar, desde la sociología principalmente, en torno a técnicas generalmente asociadas con la antropología. La clarificación conceptual y terminológica, expuesta en la sección precedente, ha estado dirigida en esa dirección. Lo tratado allí supone ya un anticipo de lo que se escribe a continuación.

Usos, ventajas e inconvenientes pueden verse formando un todo. Las ventajas de cualquier técnica de investigación sirven para justificar su uso, mientras que los inconvenientes parecen estar a la base de su olvido. En la práctica de cada disciplina estas relaciones no son tan simples. Por ejemplo, en sociología y otros campos afines, se

suele recordar la importancia de la *observación* en el pasado, al tiempo que se destaca el gran desuso actual. El relato de esta “caída en desgracia”, reconecedor de los inconvenientes intrínsecos de la técnica (comparada generalmente con la *encuesta*), echa en cara al investigador actual su falta de *observación participativa* en lo que estudia. Veamos una cita ilustrativa:

“Hace no muchos años, los científicos sociales en general... consideraban que toda investigación debía iniciarse mediante un período de observación. Sin embargo, como ya lamentaba... (Caplow, 1972), la observación es una técnica difícil, casi artesanal, que exige muchas horas de aprendizaje y aún más horas de trabajo por lo que muchos científicos sociales prefieren ignorarla y utilizar técnicas –como la encuesta– capaces de producir una gran cantidad de datos en poco tiempo... aunque no se sepa muy bien de qué se está hablando, qué ocurre realmente en el día a día de nuestros sujetos” (Carrera y Fernández Dols, 1992: 208).

La imagen del encuestador que se critica en la cita transcrita nada tiene que ver con la del sociólogo que hace un buen uso de la encuesta. Además, recuérdese lo apuntado por Vidich (1955) sobre la condición básica de “observador participante” que disfruta el sociólogo en el estudio de su cultura. Más aún, las modalidades de *observación participativa* no se reducen al modelo antropológico clásico de *observación participante*, como se ha visto en la sección 5.1.

Más que el olvido (que presupone conocimiento), aquí nos preocupa la ignorancia de las posibilidades de *observación participativa* abiertas a cualquier investigador social. Dentro de las técnicas cualitativas, el desuso de las diversas formas de *participación* puede deberse al abuso (o excesiva atención) de las técnicas de *entrevista* (en *profundidad*, mediante *grupos de discusión*).

5.2.1. La utilización de la observación y la participación desde perspectivas sociológicas

Una manera de teorizar, sobre los *usos* de las técnicas concretas de *observación* directa, consiste en indicar para qué resultan útiles. Este no es exactamente el abordaje anunciado en el epígrafe de este apartado, pero puede encontrarse en algunos textos. Jorgensen (1989: 12), por ejemplo, afirma que la *observación participante* (en sentido genérico) resulta especialmente apropiada cuando:

- Se sabe poco sobre los fenómenos que hay que estudiar.
- Hay grandes diferencias entre los puntos de vista de los *miembros* y el de los *ajenos* (grupos étnicos, subculturales o contraculturales; por ejemplo, inmigrantes, minorías étnicas, vanguardistas).
- El fenómeno se oculta a la luz pública (comportamientos al margen de la ley o condenados socialmente; delincuencia, drogadicción, sectarismo).

Este autor señala, asimismo, que la *observación participante* es adecuada, sobre todo, en estudios exploratorios, descriptivos y aquellos orientados a la generación de interpretaciones teóricas; reconoce su menor utilidad para probar teorías, aunque no así para su examen crítico (Jorgensen, 1989: 13).

Más que los usos específicos de una técnica concreta, como la OP, interesa ampliar el foco de atención y plantear el entronque sociológico de la utilización de las *técnicas observacionales*. Ésta es parte sustancial de la reflexión metodológica que ofrecen los Adler (1994). Estos autores se fijan en cinco “tradiciones teóricas y/o de investigación” sociológicas, estrechamente relacionadas con las técnicas de *observación participativa*. Concretamente, inician su recorrido en la “sociología formal” de Simmel. Se adentran después en la “sociología dramática” de Goffman, para enlazar a continuación con los “estudios en la esfera pública” de Lofland y Nash. Abordan, seguidamente, el uso de la “autoobservación” por diversos autores, vinculados a la llamada *sociología existencial*. Y acaban refiriéndose a algunos estudios en el campo de la “etnometodología”.

De cada una de estas *perspectivas* sociológicas, en tanto *filtros teóricos* que suponen observar la vida social desde ángulos diversos, se hace un breve apunte.

- 1) La *sociología formal*, encarnada en la obra de Simmel, debe su adjetivación al especial interés de éste por la *formas* de la interacción social (*subordinación, conflicto...*) y los *tipos* de interactores (como el *extraño, el gastador* o el *pobre*). *Formas y tipos* constituyen instrumentos conceptuales útiles para el análisis de numerosos escenarios sociales de interacción. La teorización de Simmel influyó notablemente en el *interaccionismo simbólico* de la Escuela de Chicago, a través de Small y Park (que asistieron a las clases de Simmel en Berlín a finales del XIX) (Ritzer, 1993: 40-42).

La reseña biográfica de Simmel que escribe Ritzer (su condición de judío “en la Alemania antisemita” de la época, su marginación en el mundo académico universitario, su calidad de “excelente conferenciante” y articulista) ayuda a ubicar histórica y socialmente a este teórico de la sociología, inspirado en su experiencia de “observador participante” (también de *participante ordinario*). Así lo aprecian los Adler (1994: 382-383):

“Como muchos otros teóricos, Simmel basó sus ideas sobre la sociedad en las propias observaciones directas. La posición de Simmel en la sociedad le colocaba en una ubicación excelente desde la que observar; a lo largo de toda su vida él mismo fue un hombre marginal (...) su marginalidad resalta un rasgo común del rol de observador: puede integrar la participación con la no participación de modo que se evite tanto el distanciamiento total como la completa calidad de miembro.”

Aunque, como bien señalan los Adler, entre los “practicantes contemporáneos de la sociología formal” se encuentran los seguidores de Manford Khun encuadrados en la nueva escuela de Iowa, aquí se obvia su consideración. La

razón de ello reside en la propensión de estos autores por las observaciones bajo condiciones de laboratorio. En el abanico de las técnicas de *observación* de carácter natural o cualitativo, interesa más la aportación de Goffman, a veces considerado heredero intelectual de Simmel.

- 2) La llamada “sociología dramática”, de Goffman, sintetiza un estilo investigador basado en una sugerente visión escénica y ritualizada de las relaciones sociales entre personas (Goffman, 1959, 1961, 1963, 1967, 1971). Las técnicas de *observación participación* se encuentran especialmente ligadas a esta perspectiva microsociológica, atenta a la exterioridad teatral y al juego de roles en la vida social. Goffman (“quizá el observador participante más famoso en las ciencias sociales”, afirman Carrera y Fernández Dols, 1992) trata de llegar a la interioridad (y las pautas sociales) que pone de manifiesto el comportamiento aparente, visible, de los actores en numerosos escenarios de la vida cotidiana.

En comparación con el perfil biográfico de Simmel, se coloca igualmente en la ubicación ventajosa para la *observación* que da la marginalidad. Pero, en el caso del sociólogo canadiense, se trata de una “marginalidad auto-impuesta” (Adler & Adler, 1994: 383):

“A diferencia de Simmel, que no pudo encontrar la aceptación, Goffman no la buscó. Prefirió la distancia social, desde la que pudiera observar las acciones de aquellos a su alrededor... con cínico distanciamiento. Además adoptó una postura distante respecto a la academia, evitando los foros normativos de presentación de ideas eruditas, prefiriendo en cambio escribir ensayos.”

Entre los sucesores intelectuales de Goffman, los Adler destacan a Cahill (1987, 1990), por sus trabajos sobre el tratamiento que los niños reciben en público, y a Gardner (1988) por sus investigaciones acerca del *estigma* y los *roles sexuales* en los *espacios públicos y semipúblicos*. La *perspectiva dramática* de Goffman ha sido utilizada en muchos otros estudios. Ritzer (1993: 245-253) lista algunos de ellos, después de la presentación didáctica de la obra de Goffman, a quien se refiere como “uno de los interaccionistas simbólicos más interesantes”. Remitimos al estudiante a la lectura de este u otros manuales de teoría sociológica, invitándole a que se acerque a los textos originales que componen la obra goffmaniana con el ánimo de buscar ideas para las prácticas de *investigación observacional*. Entre nosotros, la figura de Goffman, su aportación a la sociología, ha recibido un tratamiento monográfico reciente por parte de José R. Sebastián de Erice (1994). Cada vez más alejada en el tiempo queda la *Introducción a la sociología de la vida cotidiana*; introducción a la obra primera de Goffman, que publicara Amando de Miguel (1969) después de haber elegido dicho tema para la “lección magistral” de una oposición a cátedra (De Miguel, 1987: 9-11).

- 3) Los “estudios de la esfera pública” a los que se refieren los Adler (los de Lofland, 1973; Nash, 1975, 1981; y Humphreys, 1975) constituyen en gran parte una ampliación de la línea de *investigación dramática* de Goffman. En todos ellos se hace un uso notable de las herramientas conceptuales proporcionadas por Goffman (los conceptos de *actor* y *audiencia*, *fachada* y *trasfondo* escénico, etc.). Por ejemplo, Lofland (1973), en su obra *A world of strangers*, estudia la construcción de *espacios comunitarios*, por parte de la gente que vive en el medio urbano y trata de reducir la impersonalidad de la vida que existe en las ciudades. El uso de técnicas de *observación participación* tiene este perfil:

“Lofland empleó una mezcla de estrategias de investigación intencionales y fruto de la serendipidad, yendo al campo a hacer observaciones y permaneciendo cuatro y cinco horas cada vez así como prestando atención al comportamiento público mientras desarrollaba sus actividades cotidianas. Hacía anotaciones inmediatas de sus impresiones... Siempre asumió el rol de observador encubierto, que era particularmente natural pues no había porteros en los lugares públicos y semipúblicos que ella frecuentaba (estaciones de autobús, aeropuertos, restaurantes, teatros, bibliotecas, colegios mayores universitarios, y parques)” (Adler & Adler, 1994: 384-385).

Sirva esta referencia al trabajo de Lofland para transmitir al lector las muy diversas posibilidades de *observación* que ofrece la vida cotidiana de uno mismo. El uso regular del autobús o el metro en los desplazamientos habituales, la utilización de plazas, bajos o edificios durante el tiempo de ocio, son contextos públicos susceptibles de ser *observados* ensayando las lentes conceptuales de la *dramaturgia* o de otras perspectivas disponibles en las ciencias sociales. Por ejemplo, Silverman (1993: 42) llama la atención sobre la infrautilización del sentido de la vista en los trabajos de *observación*; sobre el escaso uso de la dimensión espacial en el estudio de la interacción social. Y sugiere algunas lecturas a modo de “excepciones notables”:

“Desafortunadamente, todos nos hemos vuelto un poco reacios a usar los ojos además de los oídos—cuando hacemos trabajo observacional... Excepciones notables son *Tea Room Trade*, de Humphrey (1970) (un estudio de la organización espacial de los lugares de ambiente gay) y el trabajo de Linsay Prior (1988) sobre la arquitectura de los hospitales. *Discipline and punish*, de Foucault (1977) ofrece un ejemplo famoso de análisis de la arquitectura de las prisiones, mientras que *The Hidden Dimension*, de Eduard Hall (1969), acuñó el término *proxémica* para referirse al uso que hace la gente del espacio—por ejemplo, cómo organizamos una distancia apropiada entre unos y otros” (Silverman, 1993, 42).

- 4) El uso de la “autoobservación” como herramienta técnica en el estudio de la sociedad, encuentra especial cobertura teórica en la *sociología fenomenológica*.

ca (Schutz) y en la *sociología existencial* (Douglas, Johnson). Una presentación sintética de estas corrientes de la teoría sociológica contemporánea puede verse en los Capítulos 6 y 9 de Ritzer (1993). Desde estas perspectivas se propugna la *inmersión* del observador en la vida real, donde tiene lugar el fenómeno a estudio. Modo éste de alcanzar una comprensión de las vivencias de los actores. Gracias al concurso del pensamiento y los sentimientos que el investigador experimenta.

Entre los trabajos publicados, donde se ilustra la utilización de la *autoobservación*, los Adler mencionan los siguientes: *Poker faces*, de Hayano (1982) sobre las salas de juego; *Bad blood: the moral stigmatization of paid plasma donors*, de Kretzmann (1992), acerca de la experiencia de donante de sangre; y *Sociological introspection and emotional experience*, de Ellis (1991), en torno a sus últimos años de convivencia con un enfermo terminal.

- 5) La perspectiva de la “etnometodología” supone un contrapunto respecto a los enfoques interaccionistas, fenomenológicos o existencialistas presentes también en la sociología. Frente a ellos, los etnometodólogos (aunque bañados también en la corriente fenomenológica) optan por el estudio de fenómenos empíricamente observables. Según este nuevo enfoque, “al observador le es imposible estudiar pensamientos, ideas, creencias... que se producen en el interior de la cabeza”. Siguiendo la descripción de Ritzer (1993: 267), “lo único que es empíricamente observable son las acciones de las personas, entre ellas su discurso. Para los etnometodólogos basta con eso, porque es lo único realmente accesible... [para] descubrir cómo se produce y organiza la vida social”. De ahí, el interés por *técnicas observacionales* (de audio y videgrabación) que registren las actividades de la vida cotidiana, especialmente la conversación o en general el uso del lenguaje (por teléfono, en los juzgados, etc.). Los investigadores que utilizan este enfoque tienden a desempeñar roles más próximos al *observador* que al *participante*.

Para una presentación comprensiva y crítica de la etnometodología, véase por ejemplo el Capítulo 6 de Ritzer (1993). Aquí, sólo se pretende llamar la atención sobre la diversidad de perspectivas teórico-metodológicas desde las que se pueden utilizar las *técnicas observacionales*.

5.2.2. Potencialidades y limitaciones de las técnicas de observación participación

En general, aproximarse a la “realidad social” intentando observarla de modo directo, entero y en su complejidad, sin artificios ni simplificaciones y en el momento en que acontecen los fenómenos a estudio, constituye una gran baza de la *observación* frente al *experimento*, la *encuesta* o incluso las técnicas de *entrevista cualitativa*. Asimismo, aproximarse al punto de vista de los estudiados, compartiendo o

exponiéndose a sus experiencias cotidianas, constituye un buen antídoto contra la *falacia del objetivismo*. Poder contrastar lo que se dice o se escribe (declaraciones, respuestas, relatos, documentos) con lo que se hace; poder redefinir y reencauzar la indagación durante la obtención de datos son, igualmente, características ventajosas de la metodología en la que se inscriben las distintas variedades de *observación participación* (Denzin, 1970: 216; Jorgensen, 1989: 14).

Como contrapartida, estas técnicas encuentran, por definición (según algunos autores), límites insuperables cuando lo indagado no es observable directamente. Fenómenos “demasiado profundos” que “sólo una entrevista en profundidad, un test proyectivo o un experimento posibilita el aproximarse a su conocimiento”; o fenómenos que por su dispersión requieren una *observación extensiva* tipo encuesta (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989: 81).

Descendiendo al terreno particular, debe matizarse que cada técnica o *rol* concreto de *observación* conlleva un combinado específico de ventajas e inconvenientes. Repásese la subsección 5.1.2. Además, no hay que olvidar que el uso de la *observación* en un estudio real se hará dentro de la *estrategia* del *case study* o de una *estrategia* de investigación *multimétodo* (*triangulada*), donde se combinen aproximaciones cuantitativas y cualitativas.

La confección (con intención didáctica) de listados de ventajas e inconvenientes (Anguera, 1982: 135-136) corre el riesgo de simplificar excesivamente algo que, en la práctica investigadora resulta siempre más complejo.

Por ello, se invita al lector a pensar en términos de ventajas e inconvenientes posibles (Anguera, 1982: 143). Es decir, ni las bazas ni las limitaciones tienen un carácter inmutable o universal. Revítese lo anotado sobre el *diseño* en la investigación cualitativa, en el Capítulo 3.

En la literatura sociológica ha habido algunas discusiones sobresalientes acerca de los problemas que debe afrontar el investigador, para lograr un uso ventajoso de las técnicas de *observación participación*.

- 1) El texto clásico de Webb, Campbell, Schwartz y Schrest (1966), al que se siguen haciendo referencias incluso desde posturas cualitativistas como la de los Adler (1994: 382), ofrece un tratamiento metodológico sistemático de la “observación simple” (Webb y otros, 1966: Cap. 5) y la “observación artificial” (Webb y otros, 1966: Cap. 6). Los autores se centran en la evaluación de técnicas o *roles de observación no participante*, en situaciones donde el instrumento humano o artificial de *observación* no es visible y los riesgos de *reactividad* son menores. Para estos autores, el paso de la “observación simple” a la “artificial” supone, además del paso a un instrumento artificial de registro más fiable, la estructuración de la situación por parte del investigador con el fin de aumentar el control de las variables. El balance de ventajas e inconvenientes que señalan Webb y otros, para la *observación simple*, lo hemos resumido en el Cuadro 5.6 (página siguiente).

CUADRO 5.6. Ventajas e inconvenientes posibles de la *observación simple*.

Ventajas	Inconvenientes
+ Protección frente a amenazas a la validez de carácter reactivo (efectos de la presencia visible del observador sobre el comportamiento de los sujetos y la situación).	- Variabilidad del instrumento humano a lo largo del tiempo de observación (problema de fiabilidad intra e interobservadores).
+ Obtención de información de primera mano, con posibilidades de muestreo y seguimiento de situaciones o casos, imposible en la investigación documental.	- Problemas muestrales de fechas y lugares, con incidencia en la población observada.
	- Límites en el contenido observable (los comportamientos no públicos quedan fuera de observación).
	- Falta de equivalencia en la atribución de significado a los comportamientos observables de sociedades o culturas diferentes.

Fuente: Basado en Webb y otros (1966: 138-140).

2) La evaluación de las técnicas de *observación participante*, a la luz de los *criterios de validez* derivados de la lógica experimental (*validez interna* y *externa*), se encuentra detalladamente expuesta en Denzin (1970: 199-205). La cuestión de la generalización de las observaciones del investigador *participante* a otros casos, fechas y contextos (*validez externa*) se resuelve, según este autor, mediante el análisis intensivo del caso y la búsqueda de *casos negativos*. Esto significa, dicho brevemente, que el *investigador de campo* ha de evaluar la *tipicidad* o *atipicidad* de sus casos, adecuando el alcance de sus generalizaciones teóricas a la heterogeneidad encontrada. (En el Capítulo 9, subsección 9.2.1 se volverá sobre el procedimiento de análisis llamado “inducción analítica”, al que Denzin se refiere aquí como la “solución al problema de la inferencia causal de la observación participante”).

Otros autores, como Whyte (1984: 27), invierten el planteamiento de esta cuestión anotando como ventaja de la OP su capacidad de hacer generalizaciones que hubiesen pasado desapercibidas para otras técnicas.

Respecto a la cuestión de los “sesgos” y los “efectos distorsionadores” de la *observación participante* (*validez interna*), Denzin repasa siete fuentes de invalidez posible, sistematizadas por Campbell y Stanley (1963), para adaptarlas a la OP. Anotemos sólo las principales:

a) *Historia*. Este término alude a los factores relevantes que han ocurrido antes del inicio de las observaciones, o durante éstas, y cuyo desconocimiento

puede llevar al investigador a interpretaciones erróneas. Denzin recomienda el uso de *documentos* y *entrevistas* para compensar estas limitaciones de la *observación*.

- b) *Maduración* (cambios) *de los sujetos estudiados*, debido a la relación de estos con el investigador. Este problema afecta particularmente a los llamados “informantes”. Personas que colaboran con el investigador, convirtiéndose en los ojos y los oídos de éste donde el *observador participante* no puede llegar (por falta de tiempo, inaccesibilidad cultural o de *rol*, etc.). La naturaleza indirecta de esta información es, en sí misma, otra fuente potencial de sesgos. Lo cual no es razón para prescindir de los *informantes*, sino un aviso para no descuidar este flanco (Zelditch, 1962).
- c) *Efectos reactivos de la observación*. Esta clase de efectos distorsionadores puede darse en algún grado, incluso en la modalidad de *completo participante* que oculta su identidad de observador. Denzin alude al estudio de Festinger y otros sobre una secta religiosa de pocos miembros, donde el ingreso fingido de los observadores como nuevos adeptos contribuyó a reforzar la creencia del grupo. Este autor recomienda al observador llevar un registro de lo que se perciba como *efecto reactivo*, bien por el propio investigador bien a través de *informantes clave*.
- d) *Cambios en el observador*. El cambio que suele considerarse problemático tiene una expresión conocida, que procede de la antropología: “convertirse en nativo”. Se espera de la *observación participante* que conlleve cambios en el observador, conforme va conociendo y participando, pero no hasta el punto de perder el *distanciamiento intelectual*, la *perspectiva del observador*. Recuérdese la advertencia de Spradley sobre la *autoobservación*. Denzin recomienda llevar un registro de los cambios de sensibilidad en la *observación* y conversar con los colegas para detectar variaciones no advertidas por el observador.
- e) *Situaciones* donde se obtienen las observaciones. Denzin se refiere con ello a otra posible fuente de sesgos: los derivados de las observaciones no contextualizadas suficientemente. Para resguardar a la OP de este problema sugiere, nuevamente, el uso complementario de *documentos* y técnicas de *entrevista*.

“Que toda la interacción humana esté situada en escenarios sociales es fundamental para el análisis de los datos observacionales. Las dinámicas de estos escenarios, las reglas de etiqueta que se aplican en ellos, las categorías de participantes que interactúan en ellos, y las variedades de acción que transpiran dentro de ellos deben ser registradas y analizadas (...) documentos formales para detallar la naturaleza de estos escenarios y posiblemente incluso saber quién puede entrar en ellos y quién no; observaciones comportamentales para registrar su uso o desuso; entrevistas para obtener los significados estándar que las personas mantienen” (Denzin, 1970: 204).

3) Las discusiones expuestas en los puntos 1 y 2 están hechas desde esquemas calificados hoy como *postpositivistas*, por parte de los autores que se posicionan en el llamado *movimiento postmoderno* (donde, por cierto, se encuentra el propio Denzin). El paso a esquemas *interpretativistas* y *constructivistas* (véase Capítulos 1 y 2) ha llevado a poner en cuestión los criterios convencionales de *validez interna* y *externa* desarrollados por Campbell y colaboradores. En el Capítulo 3 (sección 3.3) se ha expuesto un breve estado de la cuestión sobre los *criterios de calidad* en los estudios cualitativos.

Los Adler (1994: 381), haciéndose eco de los trabajos de Webb y otros (1966), de Denzin (1970) y de Schatzman & Strauss (1973), escriben que las críticas a la *investigación observacional* giran en torno a los problemas de *validez* y *fiabilidad*. Y que estos problemas tienen solución si se adoptan medidas como:

- a) La utilización de varios observadores con características sociodemográficas diversas, que puedan contrastar sus puntos de vista.
- b) La búsqueda deliberada de *casos negativos*, en el proceso de refinado y fundamentación de las proposiciones teóricas.
- c) El diseño de observaciones sistematizadas, teniendo en cuenta la variabilidad de los fenómenos estudiados en el tiempo y en el espacio.
- d) La escritura de relatos de investigación que transmitan *verosimilitud* y *autenticidad*.

No obstante, los Adler (1994: 382) concluyen su repaso a los problemas de las *técnicas observacionales* señalando que “estas preocupaciones en torno a la validez y la fiabilidad derivan de un paradigma postpositivista... y pierden saliencia en el marco postmoderno”.

5.3. Aspectos de diseño, campo y análisis: las notas de campo (notas de análisis e interpretación)

La utilización adecuada de cualquier técnica de investigación social (cualitativa o cuantitativa) requiere un trabajo previo de toma de decisiones, que se ha de plasmar en un *diseño* específico en el que se casen los objetivos del estudio y la metodología. En la investigación cualitativa los *diseños* suelen ser más *flexibles* y *abiertos*, pero deben contener igualmente las directrices básicas del *trabajo de campo*. (Este planteamiento se ha expuesto con detenimiento en el Capítulo 3.)

Si se baraja la utilización de técnicas de *observación participación*, una decisión preliminar será sobre los tipos de *participación*. Como ilustran Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989: 108): “No es lo mismo observar el comportamiento de la policía, desde dentro, introducido en el Cuerpo como policía, que hacerlo transformado de periodista, desde fuera o simulando ser un delincuente.”

Otro componente ineludible en el diseño de un trabajo cualitativo de *observación* lo constituyen las *decisiones muestrales*. Se trata de seleccionar temas de interés, situaciones sociales, escenarios, grupos, individuos. Puesto que en el Capítulo 3 ya se han abordado los aspectos de *diseño* (relativos a la *formulación del problema* y a la *selección de casos, contextos* y *fechas*), aquí se centrará la atención en los aspectos prácticos de *campo*: concretamente, cómo organizar las *observaciones*. Al hacer esto se estará preparando el camino para el *análisis* y la redacción final del estudio.

Para ayudar a la comprensión de las ideas que se pretende transmitir a continuación, vuélvase al ejemplo de *observación* sugerido más arriba: la biblioteca y el bar de la Facultad. La consideración de ambos lugares puede servir para captar mejor algunas propuestas de *observación*. Ya se tienen dos escenarios en los que el estudiante participa habitualmente, de modo ordinario. Damos por supuesto ahora que se ha elegido una *perspectiva sociológica* de las presentadas en la subsección 5.2.1 (o una combinación de algunos elementos conceptuales de varias de ellas). La atención se centra ahora en cómo acometer un ejercicio de *observación* directa, sobre el terreno. Silverman (1993: 43) da algunas pistas utilizables en la *observación* de diversos escenarios de la vida cotidiana (la cola en un supermercado, la parada del autobús, etc.):

- 1) Elaborar un croquis del escenario y preguntarse qué actividades se permiten y cuáles no.
- 2) Prestar atención a los usos del espacio y a las actividades que hace la gente; sus formas de comunicarse o evitar la comunicación, la distancia que mantienen entre sí.
- 3) Fijarse en la escenificación que protagonizan unos y otros para ayudarse, mutuamente, en la representación de sus papeles respectivos (y hacer de la clientela del bar usuarios de la biblioteca, o viceversa).
- 4) Buscar diferencias en la manera de comportarse, de realizar actividades, dependiendo de si las personas están solas, en parejas o en grupos.

Estas “instrucciones”, a pesar de su gran utilidad nada dicen sobre la redacción y organización de las tradicionales *notas de campo*, a las que todos los manuales se refieren, pero en pocos se encuentra una guía didáctica. Entre las excepciones merecen conocerse las reflexiones metodológicas de Spradley (1980) y Schatzman & Strauss (1973). En cada una de estas obras subyacen experiencias investigadoras dispares. También el sello personal de cada autor y su formación principal (antropología y sociología, respectivamente). Esta diversidad no debe tomarse como una debilidad, sino como una baza de la metodología cualitativa. Junto a ella se aprecia un fundamento común, si se sabe mirar más allá del juego de los términos. Veamos cada aportación por separado primero.

Spradley (1980: 65) comienza llamando la atención sobre la necesidad de distinguir, al tomar *notas de campo*, el lenguaje utilizado en la situación estudiada (ya sea por los individuos o por las instituciones), del lenguaje usado por el investigador. Los “términos nativos” (dichos, expresiones, jerga institucional) recomienda registrarlos

al pie de la letra (*verbatim principle*). Y, particularmente, en la descripción de observaciones se aconseja evitar la tendencia a emplear el lenguaje de la ciencia social. El principio que debe, en cambio, seguirse es el del uso del lenguaje concreto (*concrete principle*). La razón de ello se expresa así:

“Aunque querrás hacer generalizaciones durante la investigación, es necesario empezar con hechos concretos que veas, oigas, saborees, huelas y sientas. Si tus notas de campo se llenan de la jerga abstracta de la ciencia social, difícilmente podrás generalizar a partir de estas generalizaciones. Al hacer etnografía cada etnógrafo debe aprender a moverse entre el lenguaje concreto de la descripción y el más abstracto lenguaje de la generalización. Manteniendo una separación estricta, especialmente al tomar notas de campo, añadirás profundidad y sustancia a tu estudio” (Spradley, 1980: 69).

Hecha esta advertencia, este autor diferencia cuatro clases de *notas de campo* que le sirvieron para organizar sus observaciones:

- Notas “condensadas”*. Tomadas en el momento o inmediatamente después de una sesión de *trabajo de campo*. Incluyen todo tipo de apuntes, de lo que el observador ve u oye, pero sin pararse a anotar en detalle todo lo que observa.
- Notas “expandidas”*. Escritas a partir de las anteriores (en privado, deteniéndose en todos los detalles que se puedan recordar).
- Notas del “diario de campo”*. Donde se vaya registrando “el lado personal del trabajo de campo” (experiencias y sentimientos de afecto, miedo, confusión, solución...). Este “registro introspectivo” se considera útil para no pasar por alto la influencia en la investigación de los “sesgos personales” (Spradley, 1980: 71). Pero esta consideración del lado humano del investigador como fuente de sesgos se ha puesto en cuestión por la *antropología reflexiva, dialógica* (en la que el investigador no se oculta en la *etnografía* que escribe) (Harvey, 1992: 72-73).

Por otro lado, conviene matizar de paso que el *field journal* (*diario o cuaderno de campo* al que se refiere Spradley) no siempre contiene únicamente los sentimientos y presentimientos del *observador participante*. A este respecto, Jorgensen (1989: 104) especifica que se trata de un registro cronológico del *trabajo de campo*, que puede incluir también resultados de entrevistas, y un apunte “comprehensivo de experiencias y observaciones en el campo”.

- Notas de “análisis e interpretación”*. A caballo entre las notas anteriores y la redacción final. Donde se funde lo observado en el campo, con las perspectivas teóricas utilizadas y la formación general del investigador.

La concepción de las *notas de campo*, en tanto tareas técnicas estrechamente ligadas al *análisis* y la redacción o *síntesis* final, aparece aún más clara en el manual de

Schatzman & Strauss (1973). Para estos autores, las *notas* no son meras ayudas para el almacenaje y recuperación organizada de una información creciente, imposible de memorizar. Además de ello, y sobre todo, se trata de un *registro vivo* basado en una concepción interactiva de las etapas de la investigación. Las *notas de campo* no cumplen solamente la función de “recogida de datos”, sino que ayudan a crearlos y analizarlos (encauzando y reorientando la investigación). La cita que sigue resulta elocuente a este respecto:

“Un buen conjunto de notas se convierte rápidamente en un ‘compañero constante’ —una suerte de alter ego..., un relato continuo de interpretaciones y reflexiones efímeras y desarrolladas, y una crónica de decisiones operativas tomadas en fechas, lugares y circunstancias consignadas (...)

El registro puede ser tenido en cuenta... para confrontar al registrador en diferentes fases de su desarrollo. Ahí yace un proceso interaccional importante a través del cual el investigador descubre nuevas propiedades en escenas... hasta entonces no advertidas aunque ‘registradas’ (...)

El registro también ejercerá un control considerable sobre el proceso de descubrimiento; ofrecerá evidencia negativa, conflictiva o favorable, y advertirá sobre la insuficiencia de evidencia, ‘demandando’ observaciones nuevas o ulteriores” (Schatzman & Strauss, 1973: 98).

El “modelo” de *notas de campo* que proponen los autores de *Field Research* se compone de tres clases de anotaciones:

- “Notas Observacionales” (NO).
- “Notas Teóricas” (NT).
- “Notas Metodológicas” (NM).

La definición literal de cada una de ellas, por parte de sus acuñadores, se ha recogido en el Cuadro 5.7.

El funcionamiento óptimo de este *sistema de notas* supone un tratamiento adecuado de las mismas, en cuanto a su almacenaje y posibilidad de recuperación con fines analíticos. Sobre ello, Schatzman y Strauss (1973: 102-104) ofrecen algunas sugerencias interesantes (fechado, clasificación preliminar, agrupación de notas en lotes o unidades de información, elaboración de síntesis y encabezamientos para facilitar revisiones y el ordenamiento por temas o líneas de argumento). También se refieren, brevemente, a la “preparación de *memorandos analíticos*”, a partir de varias notas teóricas, como paso hacia niveles de mayor abstracción. Una introducción a este estilo de análisis cualitativo, hoy en día con desarrollos metodológicos (Strauss, 1987; Strauss y Corbin, 1990) e informáticos (Richards & Richards, 1994a), se hace en el Capítulo 9 (subsección 9.2.2).

CUADRO 5.7. Modelo de anotaciones de campo (Schatzman & Strauss, 1973: 99-104).

Notas de campo	Definición
Notas Observacionales (NO)	“... son exposiciones sobre sucesos presenciados principalmente a través de la observación visual y auditiva. Contienen tan poca interpretación como sea posible, y son lo fiables que el observador pueda construirlos. Cada NO representa un suceso considerado suficientemente importante para incluirlo en el stock de experiencia registrada, como porción de evidencia para alguna proposición no formulada aún o como atributo contextual... Una NO es el Quién, Qué, Cuándo, Dónde y Cómo de la actividad humana...”
Notas Teóricas (NT)	“... representan intentos auto-conscientes, controlados de derivar significado a partir de una o varias notas de observación. El observador en tanto registrador piensa en la experiencia tenida, y hace cualquier declaración privada de significado que sienta dará fruto conceptual. Interpreta, infiere, hipotetiza, conjetura; desarrolla nuevos conceptos, enlaza estos con los antiguos, o relaciona cualquier observación a cualquier otra en este esfuerzo de momento privado de crear ciencia social.”
Notas Metodológicas (NM)	“... es un comunicado que refleja un acto operativo completado o planeado: una instrucción a uno mismo, un recordatorio, una crítica de las tácticas propias (...) podrían considerarse como notas observacionales sobre el investigador y sobre el proceso metodológico mismo.”

De momento, lo que brindan Spradley (1980) y Schatzman & Strauss (1973) son ideas aprovechables sobre modos de investigar ensayados en la práctica. Hay una coincidencia en ambos escritos en recomendar la distinción de *notas de campo* y en entenderlas ligadas al *análisis*. De hecho, las “notas de análisis e interpretación” (Spradley) o las “notas teóricas” (Schatzman & Strauss) constituyen formas de *análisis preliminar*.

La relevancia de las *notas de campo*, no debe hacer olvidar otros instrumentos de gran utilidad también, como son las *hojas de registro* (guiones de observación y codificación, en forma de listados, casilleros o fichas, aplicados según un *protocolo de observación* con instrucciones específicas). Este material se torna especialmente necesario si se trabaja en equipo. Su diseño más acabado suele tener lugar en el transcurso del *trabajo de campo*, conforme las observaciones se van focalizando más.

Silverman (1993: 40-41) presenta el modelo de *hoja de codificación* que utilizó en su observación de las consultas médico-paciente en una clínica privada. Respondiendo a las objeciones hechas a este tipo de esquemas por Atkinson (1992), Silverman enfatiza que su *hoja de codificación* se elaboró después de observar más de diez clínicas de pacientes externos y tras varias sesiones de trabajo con los miembros del

equipo de investigación. En su defensa, añade que en las *sesiones de observación* no sólo tomó *notas* siguiendo la *hoja de codificación*, sino que grabó las sesiones en cintas de audio. Lo que le permitió corregir la falta de atención a actividades no contempladas en su *guión de observación*. La conclusión del sociólogo británico es que “el investigador de campo se debate siempre entre la necesidad de centrar el análisis, a través de la construcción de categorías, y permitir alguna posibilidad de reinterpretación de los mismos datos” (Silverman, 1993: 39). Para hacer esto último posible, este autor considera “ideal” la grabación magnetofónica; y si ésta no es practicable, “el registro de *descripciones* más que de *impresiones*”, y el uso de citas textuales (“*verbatim quotations*”).

De estas y otras *notas de campo* nos han aleccionado Spradley y Schatzman & Strauss con mayor precisión. Aunque quizá convenga insistir en que, las clases de *notas de campo* señaladas por estos autores, no constituyen los únicos *sistemas de registro* posibles, ni los más adecuados en cualquier circunstancia de investigación. El contrapunto de Jorgensen (1989: capítulo 7) sobre esta cuestión viene muy a cuento, pues abre el abanico de la variedad de formas de registro practicadas por los investigadores, e invita a estos a experimentar con nuevas combinaciones. Su *estado de la cuestión* resulta, por otro lado, más actualizado que el de Spradley y Schatzman & Strauss.

“El tipo, forma y contenido de las notas que crees depende de la preferencia y estilo personal, los temas estudiados, el escenario y las situaciones de observación y las tecnologías usadas. Deberías registrar fechas, tiempos, lugares; las posiciones sociales, roles y actividades de las personas clave; y las actividades y sucesos principales. Deberían registrarse las conversaciones y entrevistas casuales. Encontrarás útil tomar notas relativas a sentimientos personales, corazonadas, suposiciones y especulaciones. Las Notas y los ficheros pueden ser escritos a mano; mecanografiados; registrados mediante fotografía fija, equipo audiovisual y cinta de audio; o procesado en ordenador” (Jorgensen, 1989: 96).

Lecturas complementarias

- Alder, P. A. y Adler, P. (1994): “Observational techniques”, en N. K. Denzin & Lincoln: *Handbook of qualitative research*, Thousand Oaks, CA: Sage, pp. 377-392.
- Denzin, N. K. (1970): *The research act: a theoretical introduction to sociological methods*, Chicago: Aldine Publishing Company, pp. 185-218.
- Gutiérrez, J. y Delgado, J. M. (1994a): “Teoría de la observación”, en J. M. Delgado & J. Gutiérrez (coords.): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación social*, Madrid: Síntesis, pp. 141-173.
- Jorgensen, D. (1989): *Participant observation: a methodology for human studies*, London: Sage.
- Lisón Tolosana, C. (1980): *Invitación a la antropología cultural de España*, Madrid: Akal.
- Navarro, P. (1983): “Las herramientas familiares del trabajo de campo: el censo y la genealogía”, *REIS* n.º 21, pp. 183-220.

- Maestre Alfonso, J. (1990): *La investigación en antropología social*, Barcelona: Ariel Sociología.
- Reason, P. (1994): "Three approaches to participative inquiry", en N. K. Denzin & Lincoln (ed.): *Handbook of qualitative research*, Thousand Oaks, CA: Sage, pp. 324-339.
- Sanmartín, R. (1989): "La observación participante", en M. García Ferrando et al. (eds.): *El análisis de la realidad social*, Madrid: Alianza, pp. 126-140.
- Villasante, T. R. (1994): "De los movimientos sociales a las metodologías participativas", en J. M. Delgado y J. Gutiérrez (eds.): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid: Síntesis, pp. 399-424.
- Whyte, W. (ed.) (1991): *Participatory action research*, Newbury Park, CA, Sage.

EJERCICIOS PROPUESTOS

- Supón que la Facultad donde estudias está interesada en hacer un estudio cualitativo, con vistas a mejorar los servicios de biblioteca y cafetería para los estudiantes. Siguiendo las sugerencias e indicaciones dadas en las secciones 5.1.2 y 5.3, realiza una *práctica de observación participante* a lo largo de dos semanas, en los dos escenarios mencionados o en alguno de ellos. No olvides dar cuenta, en el informe del ejercicio, de los roles practicados y las *notas de campo* ensayadas.
- Elige una investigación publicada en España (en la colección de monografías del CIS, por ejemplo), en la que se practiquen las técnicas de *observación participación* dentro de una *estrategia de estudio de casos, investigación de campo o estudio de comunidad*. Escribe una *recensión metodológica*, valorando críticamente el rol o roles empleados por el autor, el uso de *perspectivas teóricas* y, en general, los aspectos de *diseño, campo y análisis*. Para ayudarte a elegir, se listan algunas de estas investigaciones:

Pérez Díaz, V. (1966/1972): *Estructura social del campo y éxodo rural. Estudio de un pueblo de Castilla*, Madrid: Tecnos.

Lisón Tolosana, C. (1966): *Belmonte de los Caballeros*, Oxford: Oxford University Press.

Pitt-Rivers, J. (1971): *Los hombres de la Sierra*, Barcelona: Grijalbo.

Luque Baena, E. (1974): *Estudio antropológico-social de un pueblo del Sur*, Madrid: Tecnos.

San Román, T. (1976): *Vecinos gitanos*, Madrid: Akal.

García, J. L. (1976): *Antropología del territorio*, Madrid: Taller Ediciones JB.

Navarro, P. (1979): *Mecina. La cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra*, Madrid: CIS.

Cátedra Tomás, M. y Sanmartín Arce, R. (1979): *Vaqueiros y pescadores. Dos modos de vida*, Madrid: Akal.

Sanmartín Arce, R. (1982): *La Albufera y sus hombres. Un estudio de Antropología Social en Valencia*, Madrid: Akal.

Devillard, M^a. J. (1993): *De lo mío a lo de nadie. Individualismo, colectivismo agrario y vida cotidiana*, Madrid: CIS-Siglo XXI.

(.../...)

- Selecciona un lugar abierto al público. Puede ser una plaza, una calle, un bar, una iglesia u otro cualquiera de tu elección. Pasa al menos una hora observando, haciendo *anotaciones "condensadas"* de tus *observaciones*. Retírate a un lugar apropiado donde puedas "expandir" las *notas* tomadas en el *campo*. Reflexiona sobre lo observado tratando de interpretarlo. Haz una valoración autocrítica de tu *procedimiento de observación*.
- Después de releer la subsección 5.2.1, consulta las páginas 47 a 58 de Silverman (1993) y realiza los apartados 1, 2 y 3 del ejercicio 3.6 que propone este autor.